

Máximas Espirituales del Hermano Lawrence

Máximas Espirituales

Todo le es posible al que cree; aún más al que espera; mucho más al que ama; y muchísimo más al que práctica las tres. Todos los que se bautizan y creen como se debe, han dado los primeros pasos hacia la perfección. Lograrán alcanzarla si practican las máximas siguientes:

1. Debemos tomar en consideración a Dios en todo lo que hacemos y decimos. Nuestra meta debe ser la perfección en nuestra adoración a Él en nuestra vida terrenal, como la antesala de la eternidad. Debemos tomar una firme resolución de superar, con la gracia de Dios, todas las dificultades que confrontamos en la vida espiritual.

2. Desde el inicio de nuestra vida cristiana, debemos recordar que no merecemos ser llamados cristianos, salvo por lo que Cristo hizo a nuestro favor. Con la purificación de nuestras impurezas, Dios desea humillarnos y permite que pasemos pruebas o dificultades.

3. Debemos creer con certeza que es agradable y bueno para Dios que nos sacrifiquemos por Él. Sin esta sumisión completa de nuestro corazón y mente a su voluntad, el Señor no puede trabajar en nosotros para hacernos perfectos.

4. Mientras más aspiramos a ser perfectos, más dependemos de la gracia de Dios. Comenzaremos a necesitar su ayuda en cada cosa por pequeña que sea y en cada momento, porque sin su ayuda no podremos hacer nada. El mundo, la carne y el diablo emprenden una guerra feroz y continua en nuestra alma. Si no somos capaces de depender de la ayuda de Dios con humildad, nuestra alma será arrastrada hasta el lodo cenagoso. Aunque esta dependencia total a veces irá contra nuestra naturaleza humana, Dios se complace de que dependamos de Él. Esto debe proporcionarnos descanso.

La practica necesaria para obtener vida espiritUal

1. La práctica más santa y necesaria en nuestra vida espiritual es la presencia de Dios. Significa encontrar placer constante en su compañía divina, humilde y amorosamente hablando con Él en cada momento, sin limitar la conversación en cualquier forma. Esto es muy importante en tiempos de tentación, dolor, separación de Dios, y aun en tiempos de deslealtad y pecado.

2. Debemos tratar de conversar con Dios en distintas formas mientras trabajamos; no con oraciones memorizadas, formales y preconcebidas. Más bien, debemos sencilla y constantemente volcar nuestro corazón hacia Dios y dejar que las palabras fluyan en nosotros.

3. Debemos hacer todo con gran cuidado, evitar acciones impetuosas que son prueba de un espíritu desordenado. Dios desea que trabajemos suave, serenos y amorosamente con Él, implorando que acepte nuestro trabajo. Por esta cesante devoción a Dios, resistiremos al diablo y huirá de nosotros (Santiago 4:7).

4. Debemos detenernos por unos minutos, aun mientras leemos la Biblia y oramos—tan a menudo como sea posible—para alabar a Dios desde lo más recóndito de nuestro corazón, y gozarnos en Dios dentro de nosotros. Ya que cree

con certeza que Dios está con usted en todo lugar, debe detenerse un momento para adorarlo, ofrecerle su corazón y agradecerle por todo lo que hace en su vida.

Si nos apartáramos de los asuntos terrenales momentáneamente para rendirle culto a Dios en nuestro espíritu, ¿acaso no nos agradecerá Dios? Estos retiros momentáneos sirven para librarnos de nuestro egoísmo; que sólo puede existir en el mundo. En resumen, no podemos mostrarle nuestra lealtad a Dios si no renunciamos a nuestra vanagloria mundana para disfrutar momento a momento de la presencia de Señor.

Esto no significa que abandone los deberes del mundo para siempre; sería imposible. Permita que la prudencia sea su guía. Pero creo que es un error común de personas que dicen tener la plenitud del Espíritu Santo, no salir de este mundo de cuando en cuando, para alabar a Dios en espíritu y descansar en la paz de su divina presencia por unos instantes.

5. Debemos adorar a Dios con fe; creer que verdaderamente vive en nuestro corazón; amarlo y servirle en espíritu y en verdad. Dios es el más independiente en quien descansamos, y quien está al tanto de todo lo que nos sucede.

Las perfecciones del Señor son extraordinarias. Por su excelencia infinita y su soberanía como Creador y Salvador, Dios tiene el derecho de poseernos a nosotros y a todo lo que existe tanto en el cielo como en la tierra. Es un placer bondadoso que Él haga con nosotros lo que le plazca a través del tiempo y la eternidad. Debido a todo lo que Dios significa para nosotros, le debemos nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones. Hagamos este esfuerzo seriamente.

6. Debemos examinarnos cuidadosamente para ver de que virtudes tenemos más necesidad, y cuál encontramos más difícil de adquirir. Debemos hacer notar también cuáles son los pecados que más frecuentemente cometemos y las circunstancias que a menudo contribuyen a la caída. Es en nuestros tiempos de forcejeo con estos aspectos que debemos ir ante Dios con plena confianza y quedar en la presencia de su majestad divina. En adoración humilde debemos confesarle nuestros pecados y debilidades, y de una forma amorosa pedir la ayuda de su gracia en nuestro momento de necesidad. De esta manera encontraremos que podemos participar de todas sus virtudes, aunque no las poseamos.

Cómo adorar a Dios en espíritu y verdad

Aquí hay tres puntos para considerar:

En primer lugar, adorar a Dios en espíritu y verdad significa adorarlo como debemos. Porque Dios es Espíritu, debemos adorarlo en espíritu. Es decir, debemos rendirle culto con un humilde y sincero amor que emana de la profundidad de nuestra alma. Sólo Dios puede ver esta adoración, la que debemos repetir hasta que se vuelva parte de nuestra naturaleza; como si Dios estuviera en nuestra alma y nuestra alma estuviera en Dios. La práctica la demostrará.

En segundo lugar, adorar a Dios en verdad es reconocerlo por lo que Él es, y por lo que nosotros somos. Adorar a Dios en verdad significa que nuestro corazón en realidad ve a Dios como infinitamente perfecto y digno de nuestra alabanza. ¿Qué hombre, por más insignificante que sea, no se esforzaría para mostrar su respecto y amor a la grandeza de Dios?

En tercer lugar, adorar a Dios en verdad es admitir que nuestra naturaleza es diferente a la suya. Aunque está dispuesto a que seamos tal y como Él es, si lo deseamos. ¿Quién estaría dispuesto a abandonar, tan sólo por un momento, el respeto, el amor, el servicio y la adoración incesante que le debemos a Dios?

La unión del alma con Dios

La primera manera en la que se une el alma con Dios es a través de la salvación, que se obtiene sólo por su gracia.

Esta es seguida por un período en el que el nuevo creyente viene a conocer a Dios por una serie de experiencias, algunas de las cuales traen un vínculo más estrecho con Él, y otras toman más tiempo. El alma aprende cuáles actividades hacen más cerca la presencia de Dios. Y se queda en su presencia al practicar esas actividades.

La unión más perfecta con Dios es la presencia real de Dios. Aunque esta relación con Dios es totalmente espiritual, es bastante dinámica, porque el alma no está dormida, pero poderosamente motivada. Es más llevadera que el fuego y más luminosa que el sol radiante. Es una expresión sencilla del corazón que dice: "Señor, te amo con todo el corazón" o expresiones similares. Más bien, es un estado inexplicable del alma—manso, pacífico, respetuoso, humilde, amoroso y muy sencillo—el impulso de amar a Dios, adorarlo y abrazarlo con ternura y alegría.

Todo el que se esfuerza por la unión divina debe entender que sólo porque algo es agradable y conforme a la voluntad, no significa que traerá un mayor acercamiento a Dios. A veces es muy útil despojarse de los sentimientos adquiridos en el mundo, para poder enfocarse por completo en Dios. Si la voluntad es capaz de comprender a Dios de alguna manera, sólo puede ser por amor. Y ese amor, que culmina en Dios, será impedido por las cosas de este mundo.

La presencia de Dios

La presencia de Dios es la concentración de la atención del alma en Dios, recordando que Él está siempre presente. Conozco a una persona que por cuarenta años ha practicado la presencia de Dios, a lo cual ha llamado de maneras diferentes. A veces la llama un hecho sencillo, un conocimiento claro y distintivo de Dios, y a veces lo nombra una vista vaga o una mirada general y amorosa al Altísimo, una añoranza de Él. También se refiere a esta práctica como atención a Dios, comunión silenciosa con Dios, confianza en Dios, o la vida y la paz del alma. Para resumir, esta persona me ha dicho que todos estos son sinónimos de la presencia de Dios y que se convierten en algo natural para él.

Mi amigo dice que para morar en la presencia de Dios, ha establecido una dulce comunión con el Señor en la que su espíritu mora, sin mucho esfuerzo, en la sosegada paz de Dios. En este reposo, él está lleno de una fe que lo prepara para tratar con cualquier cosa que se le presente.

Esto es lo que llama la "presencia real" de Dios, que incluye cualquier y todo tipo de comunión; es decir, que una persona que anda en la tierra puede estar con

Dios en el cielo. A veces puede vivir como si nadie estuviera en la tierra, sólo él y Dios. Amorosamente habla con Dios donde quiera que vaya; le pregunta por todo lo que necesita y se regocija con Él de mil maneras diferentes.

No obstante, debe darse cuenta de que esta conversación con Dios ocurre en la profundidad y centro del alma. Es allí que el alma habla a Dios de corazón a corazón, y siempre mora en una grande y profunda paz que disfruta en Dios. Los problemas que pasan en el mundo se pueden convertir en una llama insignificante que salta de la hoguera. El alma puede retener su paz interior en Dios.

La presencia de Dios es la vida y el alimento del alma, que se pueden adquirir con la gracia de Dios. Aquí están los medios para obtenerla.

Los medios para obtener la presencia de Dios.

1. El primer medio es una nueva vida que se adquiere mediante la salvación.
2. El segundo es practicar fielmente la presencia de Dios. Este imperativo siempre se debe hacer suave, humilde y amorosamente, sin darle oportunidad a la ansiedad o los problemas.
3. El tercero es que se deben mantener puestos los ojos del alma en Dios, particularmente cuando se hace algo en el mundo exterior. Se necesita mucho tiempo y esfuerzo para perfeccionar esta práctica, y no se debe desalentar por el fracaso. Aunque es difícil formarse el hábito, es una fuente de placer divino una vez que se adquiere.

Es apropiado que el corazón—que es el primero en vivir y que domina todas las esferas del cuerpo—el que debiera amar a Dios de principio a fin. El corazón es el principio y el fin de todas nuestras acciones espirituales y corporales, y hablando de forma general, de todo lo que hacemos en nuestra vida. Por consiguiente, es la atención del corazón la que debemos enfocar cuidadosamente en Dios.

4. En el cuarto medio, al principio de esta práctica, no estaría mal ofrecer frases cortas inspiradas por amor, tales como: "Señor, soy tuyo", "Dios de amor, te amo con todo mi corazón" o "Señor, usa mi vida según tu voluntad". Pero no olvide de guardar la mente de los embates del enemigo del alma en este mundo. Enfoque su atención en Dios, porque ejercitando su voluntad se mantendrá en la presencia de Dios.

5. El quinto medio es que aunque este ejercicio sea difícil al principio manténgase haciéndolo, tiene efectos maravillosos en el alma cuando se practica fielmente y el mismo muestra la gracia del Señor en abundancia, y le enseña al alma cómo observar la presencia de Dios por todas partes con una visión pura y amorosa. Esto es lo más santo, lo más firme, lo más fácil y la más eficaz actitud para la oración. -

Las bendiciones de la presencia de Dios

1. La primera bendición que el alma recibe de la práctica de la presencia de Dios es que la fe es llevadera y más activa en todas las esferas de nuestra vida. Esto es verdadero, particularmente en tiempos difíciles, ya que se obtiene la gracia que necesitamos para lidiar con la tentación y conducirnos en el mundo. El alma—acostumbrada por este ejercicio de la práctica de la fe—puede ver y sentir a Dios con sólo entrar en su presencia.

Invoca a Dios fácilmente y obtiene lo que necesita. En hacer eso, se puede decir que el alma se acerca al Bendito y puede casi decir: "Ya no creo, ahora experimento." Mientras más practica, su fe se vuelve más y más penetrante.

2. La práctica de la presencia de Dios nos fortalece en esperanza. Nuestra esperanza aumenta en la medida en que nuestra fe penetra los secretos de Dios en la práctica de nuestro ejercicio santo. El alma descubre en Dios una belleza infinitamente superior no sólo al de los cuerpos que vemos en la tierra, sino los que moran en la esfera celestial. Nuestra esperanza aumenta y crece más fuerte, y la buena porción que espera disfrutar la saborea, la tranquiliza y la sostiene.

3. Esta práctica produce el regocijo de la voluntad al apartarse del mundo y encenderse con el fuego del amor divino. Esto es de este modo que el alma siempre está con Dios, quien es fuego consumidor y quien reduce en polvo a cualquiera que se le oponga. El alma encendida, de esta forma, ya no puede vivir excepto bajo la sombra de la presencia de Dios. Esta presencia produce un ardor santo, una urgencia sagrada y un extraordinario deseo en el corazón de ver al Dios amado.

4. Por practicar la presencia de Dios y contemplarlo de manera continua, el alma se familiariza con Él hasta el extremo que pasa casi toda su vida en incesantes actos de amor, alabanza, confianza, acción de gracias, ofrenda y plegaria. A veces todo esto se uniría en un solo momento que no acaba, porque el alma está en el constante ejercicio de la presencia de Dios.